

Barcos de papel.

Y. G. Cardona



Capítulo 1

Milena miró el inmenso mar que tenía al frente y pensó en lo que estaba a punto de hacer. Amaba a su familia pero no quería vivir más así. Su madre estaba demasiado ocupada para prestarle la atención que ella requería, a su padre no lo veía desde hace veinte años, y él único hombre al que había amado, acababa de terminar su relación, porque no tenía "suficiente".

Caminó por el muelle suspirando y meditando su forma de morir. Ya no iba a conocer nuevas personas, no vería crecer a sus hijos y mucho menos volvería a besar a su madre. Pensar en todas esas cosas, le causaba melancolía, pero también le daba la seguridad de que de verdad deseaba morir.

Había poca gente en la playa, aún era temprano para que los turistas empezaran a llegar. Solo veía a varios metros a un chico de poco más de veinte, jugando con una hoja de papel.

Una extraña fuerza la impulsó a acercarse al chico. Tenía el cabello negro y unos ojos tan azules como el mar, su piel era blanca al igual que su vestimenta, el pantalón lo tenía arremangado hasta la pantorrilla y las mangas de la camisa, hasta los codos.

Se acercó con prudencia, tratando de no asustarlo, puesto que su ropa y apariencia física, daban la impresión de que era una indigente.

-Acércate –le murmuró el chico de cabello negro sin siquiera mirarla.

Ella lo hizo.

-¿Quieres poner a nadar un barco de papel? –le preguntó mientras trajinaba con unas hojas de colores.

Milena frunció el ceño.

-No tiene sentido, se los llevara la corriente del mar.

El chico sonrió, dejando ver unos dientes un poco torcidos, pero muy blancos.

-Lo sé, estos barcos son mis problemas y por eso, los navego aquí, así se los lleva el mar.

Milena pensó esa lógica, y le pareció ridículamente cierto.

Tomó un barco de color rosa y lo dejó ir, pensando en su madre y esa falta de tiempo para ella. Se sintió un poco mejor. Tomó otro barco rojo y pensó en su exnovio, lo dejó ir sin mirarlo demasiado. Su ánimo mejoro notoriamente. Lanzo varios barcos más, hasta que se terminaron, y avergonzada miró al chico que se había sentado en la arena, recostando su cuerpo a una roca y cruzando los pies.

-Eh, perdón por lanzar todos tus barcos.

-No te disculpes –le susurró con calma-. Tú lo necesitabas más que yo. Ven –le hizo una señal para que se acercara.

Ella se sentó a su lado y habló con él durante horas. No hablaban de nada en particular, él no le preguntó por sus problemas y eso le gustó; él era inteligente, y eso le gustó mucho más; él la trataba bien y eso la enamoró. Era gracioso, ella vino con la idea de morirse, y en ese momento era lo último que deseaba.

Como esa noche no había dormido nada, su cansancio le ganó, y terminó por recostar su cabeza en el pecho del chico y se quedó dormida antes de darse cuenta.

Despertó con los rayos del sol pegando en su rostro. El chico no estaba, y los barcos también habían desaparecido, pero ella sabía que no era un sueño; era imposible que ella hubiera imaginado algo así.

Se sentó y metió la mano en su bolsillo. Había una nota.

Señorita, por razones que prefiero reservarme, tengo que dejarla. ¿Sabe? Me encantó conocerla y hablar con usted de todo y de nada; es una mujer muy inteligente y hermosa, si me permite decirlo. Le confesare algo que puede sonar atrevido: he quedado prendado de usted y su sonrisa. Hágame el favor y prométame que la encontrare otra vez, yo me encargare de buscarla, usted encárguese de no perderse.

Atentamente: el chico de los barcos de papel.

Ella guardó esa nota y se fue a su casa, con el firme propósito de cumplir su promesa.